



Foto tomada de *El Tiempo*

Jaime Jaramillo Uribe (1917-2015)

Del relato patriótico a la historia como profesión

ANA CATALINA
REYES CÁRDENAS

Entender la dimensión de lo que representó Jaime Jaramillo Uribe en el horizonte de la historia intelectual y cultural del país requiere, necesariamente, contextualizar el desarrollo de las ciencias sociales en Colombia y en particular de la historia como disciplina académica y como profesión reconocida en el ámbito de los estudios universitarios. Es a la labor pionera de Jaime Jaramillo Uribe como intelectual, académico y maestro, a la que se le debe el cambio de estatuto de la historia.

El siglo XIX, en el contexto europeo, ha sido reconocido como el “siglo de la historia”. En Alemania surgió la monumental obra de Theodor Mommsen y en Francia, en 1821, en la *École Nationale des Chartes*, se inició la enseñanza académica de la

historia. El historiador francés Fustel de Coulanges, en 1864, afirmó categóricamente que la historia era ciencia pura y se opuso a que fuera considerada un arte como afirmaban otras corrientes. Otros historiadores se inclinaron por mantener el equilibrio entre ciencia y arte; defendían que el soporte del trabajo histórico era, necesariamente, el discurso literario. Este fue el período de los notables y paradigmáticos trabajos de Guizot, Tocqueville, y sobre todo de Jules Michelet. La historia se movió entre las corrientes del historicismo y del positivismo; las obras de Augusto Comte, Benedetto Croce y Leopold von Ranke marcaron el quehacer de los historiadores decimonónicos y de la primera mitad del siglo XX (Tovar Zambrano, 1994: 21).

El inicio de la historia en Colombia

Mientras esto sucedía en Europa, el antiguo Virreinato de la Nueva Granada, después de una guerra de emancipación, se transformó, en 1822, en una nueva república, bajo los principios ordenadores de la revolución francesa y del liberalismo. Sin embargo, en nuestro caso, la ideología revolucionaria fue tamizada por el peso del catolicismo y la herencia filosófica y jurídica propia del imperio español. Los criollos, artífices de las batallas políticas y militares, vieron en el oficio de Clío la posibilidad de plasmar en un relato histórico su propia gesta independentista. Este relato tenía como objeto componer el mosaico de una nueva nación imaginada y recién inventada. A la incipiente nacionalidad había que darle un nombre, una bandera y unos símbolos. Así mismo, había que trazarle los mapas que le dieran representación a su territorio, había que crear los mitos fundacionales, dotarla de un panteón de héroes, de batallas y de fechas significativas en el proceso de la independencia y de la formación del Estado-nación. Este relato era necesario para crear un sentido de identidad y reconocimiento como nueva comunidad de ciudadanos. Fue una construcción histórica hecha sobre la marcha al fragor de los tambores de guerra, de los discursos políticos, de las rencillas y batallas entre caudillos y de la promulgación de múltiples constituciones, en los que se plasmó el rumbo de la nueva nación.

Los historiadores decimonónicos concentraron todos sus esfuerzos en la construcción de historias patrias que validaran la independencia colombiana y contribuyeran a crear los héroes y mitos fundacionales. Uno de los problemas que debieron afrontar los padres de la patria, convertidos por necesidad en historiadores, fue cómo incluir en sus héroes, mitos y relatos fundacionales a una masa informe, analfabeta, y no pocas veces temible, de negros, mulatos, mestizos e indios. Desde un principio, tanto las constituciones como los relatos patrióticos condenaron a la exclusión y al silencio a la mayor parte de la población, señalándolos como bárbaros a los que había que educar y civilizar para que pudieran ser ciudadanos y sujetos de la historia.

En 1827, José Manuel Restrepo dio a conocer el texto más importante de la historiografía sobre la independencia, *Historia de la revolución de*

la república de Colombia en la América meridional (Restrepo, 1827), que se convirtió paulatinamente en la versión canónica del proceso independentista y marcó la producción historiográfica sobre el tema. No en vano, en los años ochenta del siglo xx, uno de los historiadores más representativos de la renovación de la historia en Colombia, Germán Colmenares, se refirió a la obra de Restrepo como una prisión historiográfica. Bajo el sugestivo título de "*La Historia de la Revolución de José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica*" (1984), Colmenares muestra cómo las interpretaciones sobre el período han estado dominadas por la extensa y bien documentada obra del testigo y protagonista de los hechos.

Germán Colmenares explica cómo esta obra obedeció claramente a la intencionalidad de legitimar la nueva nación en el concierto de las naciones "civilizadas". Si bien hace explícitos los grandes méritos y el rigor de Restrepo, advierte a los historiadores sobre el propósito moral de su narrativa y acerca de su visión elitista. Las élites criollas, desde una mirada etnocéntrica, se ven a sí mismas como una aristocracia artífice de la nueva república.

Además de la importante obra de José Manuel Restrepo, en la segunda mitad del siglo xix se produjeron en Colombia obras inscritas en la lógica partidista liberal y conservadora. Estas interpretaciones estaban inspiradas en categorías antagónicas: las bolivarianas, que defendían a Bolívar, y las santanderistas, que denigraban de Bolívar y reivindicaban a Santander como el artífice del ordenamiento constitucional moderno del país, en contra de las concepciones autoritarias del primero. Asimismo, las obras se diferenciaban entre las que defendían una independencia inscrita en la tradición hispánica que exaltaba su componente civilizador y católico, y las que consideraban la independencia como obra de los postulados de la modernidad asociados con las revoluciones norteamericana y francesa.¹

En 1902, después de la Guerra de los Mil Días y de numerosos e infructuosos esfuerzos, se logró crear la Academia de Historia, que desde su inicio se definió como responsable de la "conciencia y de la identidad nacional" (Tovar Zambrano, 1994: 23). Según las palabras de su primer secretario, don Pedro Ibáñez, el propósito de los

En esos años de estudiante [Jaime Jaramillo Uribe] vivió intensamente la vida cultural y política de Bogotá, conoció a Alberto Lleras Camargo, a Jorge Zalamea, a Germán Arciniegas y a Abel Botero [...]. Bajo la influencia del rector Socarrás, los estudiantes de la ENS vivían esa efervescencia intelectual anclados en la realidad nacional y con la obligación de pensar en solucionar los problemas que aquejaban al país.

académicos era trabajar por la patria, y afirmaba que “la verdadera historia de un país es la de sus hijos eminentes” (Tovar Zambrano, 1994: 23). Dentro de esta concepción, el género preferido por los académicos fue la biografía de los héroes ilustres y de los padres de la patria, entre ellos políticos, militares, sacerdotes y algunos científicos. No deja de ser ilustrativo del carácter excluyente de la academia el hecho de que el mayor mérito de sus miembros fuera tener antepasados ilustres y relacionados con los héroes fundacionales.

Uno de los proyectos más importantes de la Academia, en el que se empeñó desde 1948, fue realizar un compendio de la historia de Colombia desde las épocas prehistóricas hasta los años cincuenta del siglo xx. Este proyecto, sin precedentes, se logró materializar con la publicación de la *Historia Extensa de Colombia*, en veintidós volúmenes. Los primeros diez tomos fueron editados en 1965, la segunda entrega se realizó en 1967 y, finalmente, la totalidad de la obra se terminó de editar en 1971. Si bien la obra tuvo numerosos colaboradores, predominó en muchos de sus textos la historia tradicional patriótica que caracterizaba a la Academia. Se privilegió una historia política, militar y diplomática, en la que los “grandes hombres” decidían los destinos de una sociedad, mientras el pueblo era inexistente o irrelevante. Igualmente, las variables de orden social, económico, geográfico o cultural no fueron tenidas en cuenta en la mayoría de los artículos.

De esta obra vale la pena destacar el capítulo sobre el descubrimiento y la conquista, escrito por Juan Friede, uno de los precursores de nuevas formas de hacer historia en el país. Friede aprovechó su participación en esta obra para hacer duras críticas. A su juicio, la Academia era poco rigurosa, no sustentaba sus trabajos en investigaciones sistemáticas en las fuentes y caía en una exagerada valorización del héroe, por lo que

convertía la historia en una colección de biografías (Friede, 1964: 221). Según Friede, por dedicarse al culto del héroe se hacía una historia de individuos y se ignoraba al común, al pueblo, cuya historia debía ser rescatada y estudiada. Esgrimía que mientras la historia del país siguiera siendo hecha por hombres de partido y linajes, no podría desarrollarse como ciencia independiente.²

La Escuela Normal Superior (ENS): un proyecto que transformó las ciencias sociales del país

En 1936, el gobierno liberal, con el objeto de mejorar la calidad de la formación de los maestros y generar un centro de altos estudios, fusionó la Facultad de Ciencias de Educación de la Universidad Nacional, la Normal de Tunja y el Instituto Pedagógico de Señoritas de Bogotá en una nueva institución: la Escuela Normal Superior (ENS). El lema del nuevo instituto era “formar a los maestros de los maestros”. La Escuela debía proporcionar una sólida educación basada en un diálogo permanente entre las ciencias naturales, la pedagogía y las ciencias humanas y sociales (Ospina, s. f.). El modelo se inspiraba en la Escuela Normal Superior francesa, pero al tiempo retomaba, de las escuelas normales alemanas, la importancia de la formación en ciencias exactas y naturales.

Entre los propósitos de la ENS estaba el de darle estatus al maestro; todos sus estudiantes eran becados y rigurosamente escogidos entre los mejores bachilleres de todas las regiones del país, incluyendo a las mujeres. La ENS fue la primera institución en establecer la educación mixta, hasta esos años estigmatizada y prohibida por la Iglesia católica.

Según testimonio de uno de sus primeros rectores, José Francisco Socarrás, médico y primer estudioso del psicoanálisis en el país, la tarea más

ardua fue encontrar profesores preparados para los retos de la Normal. No obstante, una difícil situación internacional subsanó, en parte, esta debilidad. La guerra civil española y el ascenso del fascismo en Europa permitió que la Escuela se hiciera con una nómina de intelectuales y académicos europeos que huían de las persecuciones y encontraron acogida en el país. La ENS pudo entonces contar con un grupo de intelectuales que transformaron el panorama de las ciencias sociales y naturales de Colombia. A ella se vincularon los destacados profesores Urbano Gonzales de la Calle, latinista que tuvo a su cargo la sección de filología e idiomas; Francisco Cirre en el área de literatura; José de Recasens en antropología, y el reconocido geógrafo, Pablo Vila, que impartía su cátedra siguiendo la moderna escuela francesa de geografía de Vidal de la Blache (Tovar Zambrano, 1996). Mercedes Rodrigo fortaleció el área de psicología y posteriormente fundó esta carrera en la Universidad Nacional de Colombia. El doctor Manuel Ussano, médico especializado en educación física, le daría un vuelco total a esta disciplina. Luis Zulueta se vinculó al área de literatura y Francisco Vera a la de matemáticas. Con este grupo de españoles también llegó don José María Ots Capdequi, experto en derecho indiano e instituciones coloniales de América, quien fue ampliamente reconocido por sus trabajos en este campo.

Huyendo de la persecución en Alemania, llegaron los docentes y directivos del reconocido instituto socialdemócrata Karl Marx de Berlín. Esta Normal estaba dedicada a la formación de maestros alemanes. Entre los que vinieron se encontraban su director, Fritz Karsen, Kurt Freudental, matemático, Rudolf Hommes, especialista en ciencias sociales, economía e historia, y Gerhard Massur, especialista en historia del arte y reconocido biógrafo de Bolívar. Massur había sido alumno de Friedrich Meinecke, destacado historiador alemán (Tovar Zambrano, 1996).³ Procedente de Francia llegó el reconocido antropólogo Paul Rivet, fundador del museo del Hombre de París. El trabajo de Rivet en la formación de antropólogos, etnólogos y arqueólogos fue determinante para el desarrollo de estas disciplinas en el país y para un estudio riguroso de las culturas indígenas. Fue él quien impulsó la creación del Instituto Etnológico, del

cual fueron profesores sus alumnos Recasens, Gregorio Hernández del Alba y el alemán Justus Wolfgang Shottelius (Ospina, s.f.).

A esta prestigiosa Escuela Normal Superior llegó en el año de 1938 Jaime Jaramillo Uribe (Jaramillo Uribe, 2007). Su recorrido vital e intelectual antes de arribar a la ENS había sido diverso y un tanto azaroso. Jaime Jaramillo Uribe nació el 1 de enero de 1917 en Abejorral, pueblo frío y montañoso de Antioquia. Era hijo de don Teodoro Jaramillo y Genoveva Uribe, ambos pertenecientes a prestigiosas y empobrecidas familias antioqueñas. Su abuelo, don José Manuel Jaramillo, fue hijo de don Lorenzo Jaramillo Londoño, patriarca de Sonsón que en los años treinta del siglo XIX había labrado una cuantiosa fortuna en diversos negocios, entre los que se encontraba el de las recuas de mulas que atravesaban el quebrado territorio antioqueño transportando todo tipo de mercancías y productos. Ninguno de sus nueve hijos heredó su talento para los negocios y se inclinaron más por la literatura y la poesía. Este hecho, más los devastadores efectos de la Guerra de los Mil Días, llevó a que la fortuna se evaporara y a que don José Manuel viviera con grandes limitaciones económicas. Su hijo Teodoro, junto con su esposa y sus nueve hijos, sin mayores oportunidades en Abejorral, emigraron hacia las tierras de colonización antioqueña, Salamina y Aguadas, y finalmente se asentaron en Pereira, ciudad en la que Jaime Jaramillo pasó su infancia. En Pereira, don Teodoro fue nombrado Secretario del Juzgado de la ciudad. Era un hombre culto, de costumbres austeras y amante de la lectura, hábito que hizo cotidiano en el hogar familiar.⁴

Fue en Pereira donde Jaime Jaramillo inició su educación primaria. De su vida familiar, él mismo recuerda con especial agrado las lecturas en voz alta a cargo de su hermana, que despertaban en él la imaginación y la sensibilidad. El bachillerato lo realizó en el Instituto Claret, regentado por una comunidad religiosa y cuyos costos pagaba con los emolumentos que recibía como monaguillo de la parroquia. La vida cotidiana transcurría tranquilamente entre el colegio, las lecturas, el fútbol, los paseos y los baños en ríos y quebradas en las praderas que rodeaban la ciudad. La muerte de su madre puso fin a este apacible discurrir. La familia se dispersó y él se vio obligado a trabajar para

sostenerse. Abandonó el bachillerato y tuvo diversos empleos: secretario de un consultorio médico, vendedor de almacén de ropa y dependiente en una tienda de abarrotes. A pesar de las responsabilidades laborales, no dejó los libros e intentó seguir estudiando por su cuenta. Aprovechaba cualquier momento de libertad para estudiar textos escolares y para leer literatura, que se había convertido en su pasión. Visitaba asiduamente las dos librerías con que contaba Pereira e hizo amistad con un boticario liberal que le orientaba sobre diversos autores. La pasión por la lectura lo llevó a sus primeros pasos como escritor, publicando crónicas en el periódico local *El Diario*. El permanente deseo de terminar el bachillerato y estudiar en la Universidad, lo llevó a viajar a Bogotá en 1935 (Jaramillo Uribe, 2007).

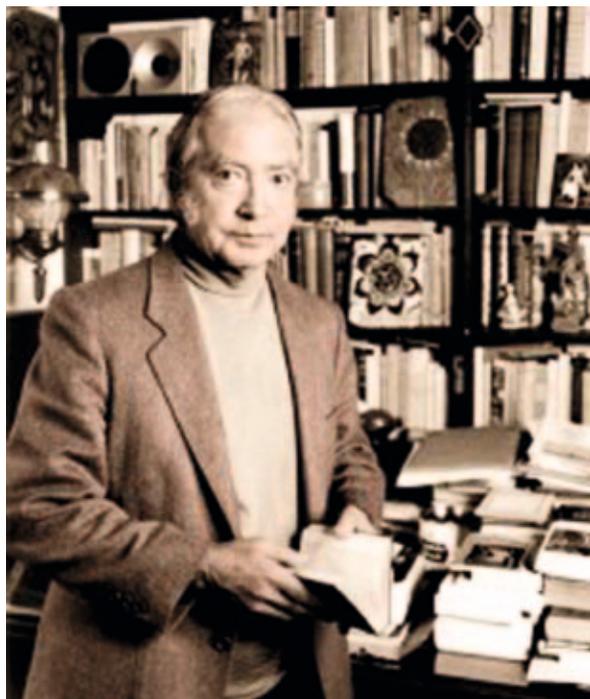
En Bogotá encontró trabajo como cajero nocturno en un café, oficio apropiado para su propósito de continuar los estudios. Se matriculó en la Escuela Normal Central de Varones, conocida como la “Normal chiquita” para diferenciarla de la Escuela Normal Superior (Tovar Zambrano, 1996). Debido a sus lecturas y conocimientos lo admitieron en cuarto grado de bachillerato. Si bien la Normal no concedía el título de bachillerato clásico que le permitía acceder a la universidad, Jaramillo Uribe validó las materias correspondientes en el Colegio Camilo Torres y recibió su título de bachiller.

A pesar de estar decidido por la universidad, su decisión cambió, en parte, debido a una entusiasta conferencia dictada por José Francisco Socarrás, rector en ese entonces de la ENS, en la que con vehemencia afirmó que la enseñanza y la pedagogía eran las profesiones del futuro e invitó a los estudiantes a matricularse para estudiar en la ENS. Socarrás unía a su discurso académico la tentadora oferta de becas para realizar los estudios. En la Normal Superior, Jaramillo encontró no solo excelentes profesores, sino también un ambiente de agitación intelectual propio de una época marcada por hechos históricos tan definitivos como la revolución bolchevique, la expansión del socialismo, la revolución mexicana, la guerra civil española, el surgimiento del fascismo y los movimientos de resistencia en Europa. De hecho, Jaime Jaramillo ha confesado su admiración, en esa época, por el marxismo y por Lenin.

Incluso declaró: “Fui un estudiante políticamente activo, me matriculé en la izquierda y desde los primeros años me interesó mucho la literatura socialista y marxista” (Low y Herrera, s.f.), y remataba reconociendo que muchos de sus amigos de esa época pertenecían al Partido Comunista (Jaramillo Uribe, 2007). Sin embargo, él mismo aclararía que su relación con la izquierda y con el marxismo no fue dogmática, ni ortodoxa (Tovar Zambrano, 1996). En esos años de estudiante vivió intensamente la vida cultural y política de Bogotá, conoció a Alberto Lleras Camargo, a Jorge Zalamea, a Germán Arciniegas y a Abel Botero (Jaramillo Uribe, 2007). Bajo la influencia del rector Socarrás, los estudiantes de la ENS vivían esa efervescencia intelectual anclados en la realidad nacional y con la obligación de pensar en solucionar los problemas que aquejaban al país. Jaramillo Uribe, todavía en el año 1994, recordaba de Socarrás su capacidad de comprometer a los estudiantes con los problemas de salud, higiene, educación y productividad. De hecho, fue el rector el que influyó para que Jaramillo Uribe se trasladara del área de filología y lenguas, en la que se había matriculado, a la de ciencias sociales. Este último plan de estudios tenía una duración de cuatro años e incluía historia, geografía, antropología, psicología, pedagogía y economía (Jaramillo Uribe, 2007).

En 1941, Jaime Jaramillo Uribe recibió su grado como licenciado en Ciencias Sociales e inmediatamente se vinculó como docente de sociología en la Escuela Normal Superior. Al mismo tiempo, emprendió sus estudios de Derecho en el Externado de Colombia, los cuales concluyó en la Universidad Libre.

En 1943, el catedrático y sociólogo español José Medina Echavarría fue invitado por la Universidad Nacional. Jaramillo Uribe se inscribió en su curso, en el que se abordó a profundidad la obra de Marx y Weber; este último autor fue determinante en la obra histórica de Jaime Jaramillo Uribe, quien consideraba que, además de la Normal Superior y el ambiente intelectual de la época, en su proceso de formación y en el de su generación fueron fundamentales la *Revista de Occidente* y las obras publicadas por el Fondo de Cultura Económica (Tovar Zambrano, 1996).



En estos años conoció en la Escuela Normal Superior a Yolanda Mora, profesora del área de Ciencias Sociales, de quien se enamoró y con quien tuvo un noviazgo que se prolongó por tres años. Yolanda procedía de Santander del Norte, aunque desde muy joven se había trasladado a Bogotá para realizar sus estudios en el Instituto Pedagógico Nacional. Era una mujer decidida, de avanzada para su época y con inclinaciones hacia el arte y la cultura. Si bien el noviazgo se interrumpió, diez años después se reencontraron y contrajeron matrimonio (Jaramillo Mora, 2014).

En 1946, el gobierno francés ofreció becas para que algunos profesores de la ENS realizaran estudios en ese país. Jaime Jaramillo fue uno de los elegidos y emprendió estudios en la escuela de Ciencia Política de la Sorbona. Allí tuvo la oportunidad de tomar cátedras con reconocidos profesores. Asistió a clases de historia moderna de Francia, historia económica, historia de las ideas políticas y sociología moderna. Es la época de consolidación de la Escuela de los Anales, que tanto aportó a la transformación de la historia. Sus fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch, hicieron una fuerte crítica a la historia militar y política y propusieron abandonar la historia relato y pasar a una historia-problema que tuviera como eje lo social. El desarrollo de otras ciencias

sociales, entre ellas la economía y la sociología, les exigía a los seguidores de los Anales una ampliación de horizontes y problemas y una renovación de métodos. Jaramillo Uribe tuvo el privilegio de ser alumno de Ernest Labrousse, quien había construido un modelo de trabajo fundamentado en el análisis de lo económico, lo histórico y lo cultural. Se entusiasmó con la lectura de Henri Pirenne, Marc Bloch y Max Weber y la vida intelectual francesa. También aprovechó su estadía en Francia para viajar por Bélgica, los Países Bajos e Italia (Jaramillo Uribe, 2007). Es muy posible que en esta época haya entrado en contacto con la obra del holandés Johan Huizinga, en particular con el libro *El otoño de la Edad Media*, que incluso en los años noventa seguía citando en sus conferencias. Para Jaramillo Uribe esta fue la época más determinante en su formación intelectual. Por sus lecturas y las asignaturas que seleccionó se puede colegir que su vocación de historiador se reafirmó y, de hecho, decidió regresar a Colombia y dedicarse a la investigación histórica (Jaramillo Uribe, 2007).

Pero a su arribo a Colombia en el año de 1948, vientos tormentosos agitaban la escena política del país. Desde 1946, con el fin de la República Liberal, que se prolongó durante dieciséis años, y la llegada a la presidencia del conservador Mariano Ospina Pérez, la política se había transformado. La polarización entre liberales y conservadores, azuzada por las figuras antagónicas de Laureano Gómez y Jorge Eliécer Gaitán, había llegado a su punto más álgido. La contrarreforma cultural y educativa era un hecho. La Iglesia quería imponer otra vez su control sobre la sociedad, con un discurso católico que estigmatizaba las reformas liberales.

La ENS fue tomada por los conservadores, quienes adelantaron una campaña de persecución a profesores nacionales y extranjeros, a los que expulsaron de sus cargos; consideraban que la institución se había convertido en un nicho de la subversión y de los comunistas. Laureano Gómez, en su gobierno, para acabar de desmantelar a la ENS, la trasladó a Tunja, con lo cual le puso punto final a este proyecto educativo modernizador. El hecho es que, en marzo de 1948, el nuevo rector de la Escuela, el poeta Rafael Maya, recibió al profesor Jaramillo Uribe, recién llegado

de Francia, anunciándole que ya no tenía puesto en la institución (Low y Herrera, s.f.).

Solo en 1952, Jaime Jaramillo pudo dedicarse a aquello para lo que había sido formado y que lo apasionaba: la investigación y la docencia. En ese año, Cayetano Betancur, su amigo y decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional, lo invitó a ser profesor de la Facultad y le asignaron las cátedras de Historia Universal e Historia de la Pedagogía. Poco después, en 1953, fue invitado a la Universidad de Hamburgo por el profesor Adolf Meyer-Abich, quien había venido a la Universidad Nacional a inaugurar en la Ciudad Universitaria el busto de Alexander von Humboldt (Jaramillo Uribe, 2007). El profesor Jaramillo permaneció en Alemania hasta 1957; allí tomó diversos cursos, estableció fuertes lazos con el mundo académico y dictó conferencias sobre la historia hispanoamericana, incluyendo un ciclo sobre historia y novela de América Latina.

Al regresar a la Universidad Nacional asumió las cátedras de Historia Moderna e Historia de Colombia y emprendió un trabajo sistemático de investigación en las fuentes del Archivo General de la Nación. La indagación en las fuentes era para él un requisito necesario que le permitía al historiador interrogar y buscar claves e indicios sobre el pasado que intentaba conocer. Al archivo era necesario llegar con preguntas, utilizar la erudición, la sagacidad y, sobre todo, ser cauteloso para no caer en interpretaciones apresuradas y simples (Jaramillo Uribe, 2007). Hoy nadie discute estas ideas, pero en un país en el que la historia como disciplina apenas se iniciaba y no se fundamentaba en la investigación, ni en las fuentes, su trabajo era innovador. Para él era claro que la historia de Colombia estaba por hacerse.

En 1962 impulsó la creación de un departamento de Historia en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional. Este hecho, aparentemente formal, fue el primer paso para la profesionalización de la historia; posteriormente sus alumnos alentarían la creación de las carreras de historia en universidades públicas y privadas. En ese mismo año dio inicio a uno de sus más ambiciosos y perdurables proyectos intelectuales: la creación de la revista *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Desde su nombre, la revista se inscribe claramente en la corriente de

la Escuela de los Anales. Esta revista se convirtió en el espacio que fomentaba la investigación histórica y que abrió perspectivas a problemas que la Academia de Historia ni siquiera había alcanzado a imaginar. Desde ese momento, Jaime Jaramillo le imprimió a la historia colombiana el sello social y cultural de una historia que se ocupaba de los actores que nunca habían sido incorporados como sujetos y que hasta ese momento habían sido invisibilizados. Al maestro le interesaban las manifestaciones culturales, la vida cotidiana y las estructuras sociales, que antepuso a la tradicional historia de héroes y de momentos políticos estelares. Hay que abonarle además a Jaime Jaramillo que, desde el inicio de su obra, hay una preocupación por la estética y un cuidado por la buena factura de la escritura.

Su trabajo como profesor, conjuntamente con el de Antonio Antelo, historiador español vinculado al Departamento de Historia, dio fruto en una excelente primera promoción de historiadores profesionales que, junto con Jaime Jaramillo, transformarían la forma de hacer historia en Colombia. Entre ellos estaban Germán Colmenares, Margarita González, Hermes Tovar, Jorge Orlando Melo, Jorge Palacios Preciado, Gilma Tovar, Isabel Sánchez, Víctor Álvarez, Marta Fajardo, Germán Rubiano, Ángela Mejía y Carmen Ortega (Tovar Zambrano, 1996).

La obra de Jaime Jaramillo

Después de este recorrido por el itinerario intelectual del maestro que transformó la forma de hacer historia en Colombia, es necesario concluir con algunos comentarios sobre algunas de sus obras y el impacto de las mismas en los nuevos estudios históricos.

Jaime Jaramillo Uribe, con un riguroso trabajo en las fuentes primarias inexploradas del Archivo General de la Nación, dio inicio a la paciente tarea de reconstruir, desde una nueva interpretación, la vida colonial, uno de los períodos menos estudiados en ese momento por la historiografía colombiana. En una serie de cuatro artículos publicados en los primeros números de la revista fundada por él, el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (ACHSC), logró recuperar un mundo completamente desconocido y presentarnos, por primera vez, la estructura

étnica y social de una sociedad de castas diferenciada por el color de la piel, que condicionaba la posición social y económica, así como los privilegios y los oficios. Aparecen en estos artículos el mundo de los indígenas y los efectos que tuvieron las fases de conquista y colonia sobre esta población. También describe allí las lógicas del funcionamiento del mundo esclavista, las relaciones entre esclavos y amos, los castigos a los que eran sometidos, la realidad de su mundo afectivo y su vida cotidiana. Examina también los efectos disolventes que sobre esa sociedad de castas tuvo el proceso de mestizaje en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando aumenta significativamente la mestización de la población. Mestizos, zambos, mulatos, cuarterones y todas las mezclas posibles, que eran la mayoría de la población colonial, desfilan por sus textos, dejándonos ver girones de sus vidas y también su capacidad de transformar y disgregar el mundo colonial.

Con estos artículos, posteriormente recogidos en el libro *Ensayos sobre historia social*, Jaime Jaramillo dio inicio en el país a la historia social y cultural colonial, fundamentada en las ricas e inexploradas fuentes del Archivo de la Nación. Fue Jaramillo Uribe quien abrió un horizonte de posibilidades, fuentes y problemas para las futuras generaciones de historiadores que aceptaron este reto y han seguido enriqueciendo la historia del complejo y diverso mundo colonial (Jaramillo Uribe, 1963, 1964, 1965, 1969).

Su primer libro, *El pensamiento colombiano del siglo XIX*, que había iniciado desde los años cincuenta, fue publicado por la editorial Temis en 1964. El libro hacía parte del ambicioso proyecto editorial del mexicano Leopoldo Zea, que quería divulgar una historia de las ideas en Hispanoamérica. El mismo Jaime Jaramillo reconoció que el modelo de su libro estaba inspirado en la obra de Ernst Cassirer (Tovar Zambrano, 1994: 23). Con una rica utilización de fuentes reconstruye el pensamiento político desde la época preindependentista, ocupándose de las ideas en los campos de lo político, la educación y la filosofía. Utilizando los escritos de quienes moldearon la república, nos remonta a las fuentes con las que construyeron sus referentes ideológicos. Hace evidente la influencia del pensamiento de tradición hispánica de Victoria y Suárez en

algunos de los padres de la Patria, así como el de aquellos que se inspiraron en Montesquieu y Rousseau. Resaltó el papel influyente del utilitarismo inglés de Jeremy Bentham en la primera época de la república y analizó también a los opositores del utilitarismo que, como Miguel Antonio Caro, permanecían aferrados al tomismo católico. Por su libro cruzan las ideas de Bolívar, Vicente Azuero, Ospina Rodríguez, Rufino Cuervo, Castillo Rada, Ezequiel Rojas, José Eusebio Caro, Miguel Antonio Caro y Salvador Camacho. Este texto se constituyó en un modelo para el campo de la historia de las ideas; infortunadamente, esta línea tuvo pocos seguidores en el país y solo estudios muy recientes han retomado este rico ámbito.

En 1979, con la publicación, por parte de Colcultura, de los tres tomos del *Manual de Historia de Colombia*, de los que Jaime Jaramillo fue editor, se logró darle reconocimiento y espacio a la *nueva historia* en el país.⁵ Los artículos producidos por distintos autores abarcan desde el período prehispánico hasta los años setenta del siglo XX, e incluyen aspectos de la historia social, política, económica y cultural del país. Si bien en el prólogo Jaime Jaramillo Uribe le hace un reconocimiento a la Academia de Historia y a su labor, el Manual se constituyó en la *otra historia* del país, que se contraponía a la tradición histórica dominante representada en la Academia y que había quedado plasmada, con algunas excepciones, en los tomos de la *Historia Extensa de Colombia*. Si bien los enfoques de los autores del *Manual de Historia de Colombia* son diversos y no es una obra uniforme, el libro logró presentar una nueva forma de hacer historia fundamentada en la investigación en fuentes primarias y en la que se utilizan las teorías historiográficas más recientes. En los textos se observan influencias de la escuela francesa de los Anales, del marxismo y de la escuela económica norteamericana. El Manual se convirtió en el texto obligado de todas las nuevas generaciones de historiadores y de los estudiosos de las ciencias sociales hasta el día de hoy.

Jaramillo Uribe, después de jubilarse de la Universidad Nacional en los años setenta, se vinculó a la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes. En 1977 fue nombrado embajador en Alemania por el presidente Alfonso López

Jaime Jaramillo le imprimió a la historia colombiana el sello social y cultural de una historia que se ocupaba de los actores que nunca habían sido incorporados como sujetos y que hasta ese momento habían sido invisibilizados.

Michelsen y por su ministro de relaciones exteriores, el historiador Indalecio Liévano Aguirre. En 1985 se trasladó al departamento de Historia de la Universidad de los Andes, en donde continuó su vida como maestro e investigador. En 1992 recibió del gobierno nacional la Cruz de Boyacá y ese mismo año recibió el título *honoris causa* de la Universidad Nacional; posteriormente, lo recibiría de la Universidad de los Andes.

Si se quisieran definir los rasgos de la personalidad de Jaramillo Uribe habría que rescatar su sencillez, su enorme generosidad con el conocimiento y la ausencia de dogmatismos, acompañado de un sabio escepticismo propio del buen investigador. Sus respuestas como profesor nunca eran contundentes, ni simples, sino que tenían la cualidad de abrir un abanico de posibles respuestas, que le quedaban al interlocutor como nueva inquietud y tema de reflexión (Melo, 2015). En su obra se hace evidente que la historia para él fue una disciplina amplia que requería de la sociología, que le era tan cercana desde que conoció a Weber, así como de la antropología y las teorías de la cultura y la economía, para poder entender el intrincado pasado de las sociedades. No era amigo de que la interpretación histórica se sujetara a grandes modelos teóricos o a corrientes historiográficas que la hicieran unívoca, limitando así las posibilidades de comprender la complejidad de los hechos sociales. Entendía que la historia era demasiado rica para poder ser sometida a una sola lente. Si bien era riguroso con la disciplina, también, como sus maestros franceses, aceptaba que esta tenía mucho de arte y consideraba que la lógica, la gramática o la estética debían ser parte del trabajo del historiador (Jaramillo Uribe, 2007).

Para terminar de enumerar sus aportes al campo de la historia, son ilustrativas las palabras pronunciadas por uno de sus discípulos, Jorge Orlando Melo, en sus exequias:

Fue un maestro y escritor que nunca hizo alardes de sus contribuciones, pero no es difícil señalarlas. En forma casi rutinaria, desde hace unos 30 años, he dicho algo que tiene algo de paradoja frívola: Jaime Jaramillo Uribe, en vez de empeñarse en cambiar el país, en hacer la revolución, en sacudir las estructuras fundamentales a Colombia, le cambió el pasado. Fue una transformación dramática y brutal: mientras que la historia colombiana, hasta hace medio siglo, era un relato de heroicos descubridores y valientes militares, de presidentes esforzados, de brillantes constituciones y de dirigentes empeñados en mejorar la condición de sus compatriotas, esa historia, cuando se enseña hoy a los niños o a los estudiantes universitarios, es una historia de conflictos sociales, de esclavos e indios, de ideas políticas, de estilos de familia, de modos de vida cotidiana, de cambios en la ropa, las comidas y las formas de rezar, de artesanos, obreros y empresarios. Y puso a la mayoría del pueblo, a los mestizos, en el centro del cuento: ellos, según su relato, desorganizaron la sociedad de castas, lucharon por la independencia, y terminaron aprovechando buena parte de sus frutos (Melo, 2015).

Su sólida vida familiar fue su ancla y punto de equilibrio. Disfrutó y compartió la vida intelectual con su esposa Yolanda, quien concluyó sus estudios como antropóloga en 1960 y se dedicó a la investigación, vinculada al Instituto Colombiano de Antropología. Con su esposa compartió el gusto por los viajes y las diversas culturas (Jaramillo Mora, 2014). Sus dos hijos, ambos artistas, Lorenzo, reconocido pintor, fallecido a los treinta y seis años —muerte que le ocasionó una gran desolación—, y Rosario, actriz y maestra de teatro y artes y su compañera hasta su muerte, llenaron su vida afectiva y enriquecieron su cotidianidad con su talento e inspiración. ■

Referencias

- Archila, Mauricio (1999). Jaime Jaramillo Uribe: el Padre de la Nueva Historia. *Revista Credencial*, N.º 115, Bogotá.
- Colmenares, Germán (1984). La *Historia de la Revolución* de José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica. *Revista de Extensión Cultural*, N.º 19, Medellín, Universidad Nacional de Colombia.
- Friede, Juan (1964). La investigación histórica en Colombia. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, N.º 2, vol. VIII, Bogotá.
- Jaramillo Mora, Rosario (2014). Yolanda Mora de Jaramillo (1921-2005): una mujer moderna. *Revista Maguaré*, vol. 28.
- Jaramillo Uribe, Jaime (1963). Esclavos y señores en la sociedad esclavista del siglo XVIII. ACHSC, N.º 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (1964). Población indígena en Colombia en el momento de la Conquista. ACHSC, N.º 2, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (1965). Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada siglo XVIII. ACHSC, N.º 3. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (1969). La controversia jurídica y filosófica en torno a la liberación de los esclavos. ACHSC, N.º 4. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- (2007). *Memorias intelectuales*. Bogotá: Aguilar Taurus.
- Low, Carlos y Marta Cecilia Herrera (s.f.). Jaime Jaramillo Uribe. La historia, la pedagogía y las ciencias sociales. Universidad Pedagógica Nacional.
- Melo, Jorge Orlando (2015). Jaime Jaramillo: pluralista y escéptico [en línea], disponible en: <http://www.jorgeorlandomelo.com/jaimejaramillo.pye.html>.
- Ospina, Juan Manuel (s.f.). *La Escuela Normal Superior, el círculo que se cierra*. Editorial de la Revista Educación de la Escuela Normal Superior. Digitalizado por la BLAA.
- Restrepo, José Manuel (1827). *Historia de la revolución de Colombia*. París: Librería Americana.
- Rueda, José Eduardo (1991). Juan Friede 1901-1990. El investigador de indígenas en la historia de Colombia. *Credencial Historia* N.º 14, Bogotá.
- Tovar Zambrano, Bernardo (1994). *La historiografía colonial en la historia al final del milenio*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- (1996). El pasado como oficio, trayectoria intelectual del historiador Jaime Jaramillo Uribe. *Nómadas* N.º 4, Bogotá.

Notas

¹ Hay dos obras que representan estas dos interpretaciones. El adalid de visión liberal es José María Samper en el texto *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada*. Samper reafirmó los ideales de la modernidad y la ilustración como antorchas del proceso emancipador. En el otro extremo encontramos la interpretación conservadora de José María Groot en la *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*. Groot desplazó el eje de la guerra emancipadora hacia la guerra civil producida por los liberales, a quienes consideraba brujos de la modernidad. A diferencia de Samper, Groot ignoró la herencia de la revolución francesa y revalorizó la herencia hispánica como componente indisociable del alma nacional. Su obra es una defensa de la iglesia y del legado español.

² Ver José Eduardo Rueda (Juan Friede 1901-1990) “El investigador de indígenas en la historia de Colombia”. *Credencial Historia*, N.º 14, febrero de 1991. Juan Friede fue sin duda una figura marginal y modernizante para los estudios históricos del país y para la cultura. Había nacido en Ucrania, terminó su bachillerato en Moscú y adelantó estudios en ciencias económicas en Viena, los que complementó en Londres en la prestigiosa institución London School of Economics. Por razones de negocios tuvo la oportunidad de conocer el país en 1926 y quedó deslumbrado por un mundo desconocido, de una naturaleza tropical exuberante que lo sedujo hasta tal punto, que en 1927 decidió establecerse inicialmente en Manizales; de ahí se trasladó luego a Bogotá y en 1930 se nacionalizó como colombiano. Friede no solo se dedicó a hacer negocios, sino que mantuvo una activa comunicación con los intelectuales de su época, entre ellos Fernando González, León y Otto de Greiff. En 1942, estableció una ganadería en San Agustín y es allí donde se consolidó su pasión y compromiso por estudiar las culturas indígenas colombianas. Se entusiasmó con la divulgación de este rico patrimonio arqueológico. Donó el núcleo principal del parque arqueológico del Alto de los Ídolos en San José de Isnos y, con los pocos etnólogos que tenía el país, entre ellos Antonio García, Luis Duque Gómez y Blanca Ochoa de Molina, fundó el primer Instituto Indigenista de Colombia. Su obra está compuesta por más de doscientos treinta textos, en los que se dedica a estudiar de forma sistemática, con fuentes documentales y trabajo etnológico, las culturas indígenas, ocupándose de su pasado prehispánico, del desastre que implicó el proceso de conquista, los siglos XV al XVIII y la situación actual a la que estaban sometidos los indígenas.

Su producción intelectual abarca la historia, la antropología, la sociología y la economía.

³ En esta entrevista Jaime Jaramillo se refiere a sus profesores y manifiesta admiración por Gerhard Massur como el más brillante de este distinguido grupo.

⁴ Las anotaciones biográficas de este apartado se fundamentan en el excelente artículo, producto de una entrevista, del historiador Bernardo Tovar y en el libro de memorias escrito por Jaime Jaramillo Uribe. Ver Bernardo Tovar Zambrano (1996) y Jaime Jaramillo Uribe (2007).

⁵ Curiosamente, este término fue acuñado por el poeta Darío Jaramillo Agudelo en los años setenta. Ver Mauricio Archila (1999).